

una palabra, como forma un proceso por una zanja. En la misma mañana del día en que fui nombrado ministro de Negocios Extranjeros vino á declararme que rompía conmigo: yo era ministro. Me eché á reír, y dejé marchar á mi mégera masculina, que, riéndose tambien por su parte, parecía un murciélago contrariado.

Mr. de Montbel, ministro, primero de Instrucción pública, reemplazó á Mr. de la Bourdonnaie en el del Interior cuando este se retiró, y Mr. Guernon-Ranville suplió á Mr. de Montbel en la cartera de Instrucción pública.

Por ambos lados se aprestaban á la guerra: el partido del ministerio hacia publicar folletos contra el *Representativo*: la opinión se organizaba y hablaba de no votar las contribuciones en el caso de violación de la Carta. Formóse una asociación pública para resistir al poder, llamada *Asociación bretona*: mis compatriotas han tomado con frecuencia la iniciativa en nuestras últimas revoluciones: hay en las cabezas bretonas algo de los vientos que azotan las riberas de nuestra península.

Un periódico creado con el objeto declarado de derribar la antigua dinastía vino á enardecer los ánimos. El jóven y gallardo librero Sautet, perseguido por la manía del suicidio, habia tenido muchas veces el deseo de hacer su muerte útil á su partido con algun golpe ruidoso: hallábase encargado de la parte material del periódico republicano, del que eran redactores MM. Thiers, Mignet y Carrel. El patrono de *El Nacional*, el príncipe de Talleyrand, no contribuía con un sueldo á la caja: no hacia mas que manchar el espíritu del periódico derramando en el fondo comun su contingente de traición y podredumbre. Con esta ocasion recibí el siguiente billete de Mr. Thiers:

«Caballero: Ignorando si el servicio de un periódico que principia estará hecho con exactitud, os envío el primer número de *El Nacional*. Todos mis colaboradores se unen á mí para rogaros que tengais á bien consideraros, no como suscritor, sino como nuestro lector benévolo. Si en este primer artículo, objeto de gran cuidado para mí, he logrado expresar opiniones que vos aprobeis, estaré seguro y cierto de hallarme en buen camino.

»Recibid, caballero, mis homenajes.

»A. THIERS.»

Ya volveré á ocuparme de los redactores de *El Nacional*, y diré cómo los conocí; pero desde ahora debo dejar á un lado á Mr. Carrel: superior á monsieur Thiers y á Mr. Mignet, tenia la sencillez de considerarse en la época en que me relacioné con él como en segundo lugar despues de los escritores á quienes superaba: él sostenia con su espada las opiniones que aquellos hombres de pluma difundian.

EXPEDICION DE ARGEL.

Mientras que todos se aprestaban al combate, terminaban los preparativos de la expedición de Argel. El general Bourmont, ministro de la Guerra, se habia hecho nombrar gefe de esa expedición: ¿quiso sustraerse á la responsabilidad del golpe de Estado que sentia venir encima? Esto podrá ser bastante probable, atendiendo á sus antecedentes y á su habilidad; pero fue una desgracia para Carlos X. Si el general se hubiese hallado en París cuando la catástrofe, la cartera vacante del ministerio de la Guerra no hubiera caído en manos de Mr. de Polignac. Mr. de Bourmont, antes de dar el golpe, caso de haber consentido en él, habria reunido indudablemente en París toda la guardia real, y habria preparado el dinero

y los víveres necesarios para que el soldado no careciera de nada.

Nuestra marina, resucitada en el combate de Navarino, solió de los puertos de Francia, tan abandonados poco antes. La rada estaba cubierta de buques que saludaban la tierra al alejarse. Barcos de vapor, nuevo descubrimiento del genio del hombre, iban y venian llevando órdenes de una división á otra como sirenas ó como los ayudantes de campo del almirante. El Delfín se mantenía sobre la ribera, adonde habian bajado todas las poblaciones de la ciudad y de las montañas. Aquel que despues de haber arrancado á su pariente el rey de España de las manos de las revoluciones veía despuntar el día en que la cristiandad debía ser libertada, ¿hubiera podido creerse tan cerca de la noche?

No eran ya aquellos tiempos en que Catalina de Médicis solicitaba del turco la investidura del principado de Argel para Enrique III, que no era todavía rey de Polonia. Argel iba á ser nuestra hija y nuestra conquista sin permiso de nadie, sin que la Inglaterra se atreviese á impedirnos tomar aquel castillo del emperador, que recordaba á Carlos V y el cambio de su fortuna. Gran júbilo y gran dicha era para los espectadores franceses reunidos saludar con el saludo de Bossuet á los generosos buques, dispuestos á romper con sus proas la cadena de los esclavos: victoria engrandecida por ese grito del águila de Meaux cuando anunciaba el triunfo del porvenir del gran rey, como para consolarle un día en su tumba de la dispersión de su raza.

«Tú cederás ó caerás bajo ese vencedor, Argel, enriquecido con los despojos de la cristiandad. Tú decias en tu corazón avaro:—«Tengo los mares bajo mis leyes, y las naciones son mi presa.» La ligereza de tus barcos te daba confianza; pero al fin te verás atacado en tus murallas, como un ave de rapiña á quien se va á buscar entre sus rocas y en su nido, en donde comparte su botín con sus hijuelos. Ya devuelves tus esclavos. Luis ha roto las cadenas con que abrumabas á sus súbditos, que han nacido para ser libres bajo su glorioso imperio. Los pilotos asombrados exclaman de antemano:—¿Quién es semejante á Tiro? Y sin embargo, ella ha permanecido silenciosa en medio del mar.»

Palabras magníficas: ¿no habeis podido retardar el hundimiento del trono? Las naciones caminan á sus destinos y á semejanza de ciertas sombras del Dante, les es imposible detenerse ni aun en su felicidad.

Aquellos buques, que llevaban la libertad á los mares de la Numidia, arrastraban consigo la legitimidad: aquella escuadra, con pabellon blanco, era la monarquía que se hacia á la vela alejándose de los puertos en donde se embarcó San Luis, cuando la muerte le llamaba á Cartago. Esclavos libertados de los baños de Argel, los que os han devuelto á vuestro país han perdido su patria; los que os han arrancado al destierro eterno están desterrados. El dueño de esa grande escuadra ha atravesado el mar en un barco como fugitivo, y la Francia podrá decirle lo que Cornelia á Pompeyo:—«Es obra de mi fortuna, no de la tuya, el verte ahora reducido á una sola navecilla, allí donde querias tomar rumbo con quinientas velas.»

Entre aquella muchedumbre que en las riberas de Tolon seguía con la vista la escuadra que marchaba á Africa, ¿no tenia yo amigos? Mr. du Plessis, hermano de mi cuñado, ¿no recibía á bordo á una mujer encantadora, Mad. Lenormant, que aguardaba el regreso del amigo de Champollion? ¿Qué resultó de aquel vuelo ejecutado hácia Africa á alas desplegadas? Escuchemos á mi compatriota Mr. de Penhoen.

«No habian trascurrido dos meses desde que habíamos visto ese mismo pabellon ondear enfrente de esas mismas costas, por encima de quinientos buques. Sesenta mil hombres se hallaban á la sazón impacientes por ir á desplegarlo sobre el campo de batalla de Africa. Hoy algunos enfermos, algunos heridos que se arrastran penosamente sobre el puente de nuestra fragata, eran su única comitiva.... En el momento en que la guardia tomó las armas para saludar, como de costumbre, al pabellon, al subirlo ó al bajarlo, cesó en el puente toda conversacion. Descubríme con tanto respeto como pudiera haberlo hecho ante el mismo anciano rey. Arrodiilléme en lo íntimo del corazón ante la magestad de los grandes infortunios, cuyo símbolo contemplaba tristemente (1).»

APERTURA DE LA LEGISLATURA DE 1830.—CONTESTACION AL DISCURSO DE LA CORONA.—LA CÁMARA ES DISUELTA.

La legislatura de 1830 se abrió el 2 de marzo. En el discurso de la corona se hacia decir al rey:—«Si manejos culpables suscitan á mi gobierno obstáculos que no puedo, ni quiero prever, tendré la energía necesaria para superarlos.» Carlos X pronunciaba estas palabras con el tono de un hombre que, tímido y amable por carácter, se halla por azar colérico, y se anima al sonido de su voz; pero cuanto mas fuertes eran las palabras, mas se traslucía la debilidad de las resoluciones.

El discurso de contestacion fue redactado por MM. Etienne y Guizot. Uno de sus párrafos decia.

«La carta consagra como un derecho, señor, la intervencion del país en las medidas de interés público. Esta intervencion hace del concurso permanente de las miras de vuestro gobierno con los deseos del pueblo una condicion indispensable de la marcha regular de los negocios públicos. Nuestra lealtad, nuestra adhesión, nos obligan á deciros, señor, que este concurso no existe.»

El discurso fue votado por una mayoría de doscientos veinte y un votos contra ciento ochenta y uno. Por una enmienda de Mr. de Lorget se pretendió hacer desaparecer la frase sobre la negativa del concurso del gobierno; pero esta enmienda no fue apoyada mas que por veinte y ocho votos. Si los doscientos veinte y uno hubiesen podido prever el resultado de su voto, el mensaje habria sido desechado por una inmensa mayoría. ¿Por qué la providencia no levanta algunas veces una punta del velo que cubre el porvenir? Es verdad que inspira un presentimiento á ciertos hombres; pero este presentimiento no les hace ver bastante claro para asegurarse bien del camino; temen equivocarse, ó si se aventuran á hacer predicciones que deben realizarse, no son creídos. Dios no desvanece la nube detrás de la cual obra, y cuando permite grandes males, es porque tiene grandes designios; designios que forman parte de un plan general, que se desarrollan en un extenso horizonte fuera del alcance de nuestra vista y de la penetración de nuestras rápidas generaciones.

En respuesta al mensaje de la cámara, el rey declaró que su resolución era inmutable; es decir, que no retiraría su confianza á Mr. de Polignac, y en su consecuencia acordó la disolución de aquella. MM. de Peyronnet y de Chantelauze reemplazaron á MM. de Chabrol de Courvoisier, que se retiraron;

(1) *Memorias de un gefe de estado mayor*, por el baron Barchou de Penhoen.

Mr. Cappel fue tambien nombrado ministro de Comercio. Habia alrededor del rey veinte hombres capaces de ser ministros: se podía hacer volver á los negocios á Mr. de Villele, ó nombrar á Casimiro Perrier y al general Sebastiani. Ya habian sido estos propuestos por mí á S. M., cuando despues de la caída de Mr. de Villele fue encargado el abate Frayssinous de ofrecerme el ministerio de Instrucción pública. Pero no se queria esto; las personas capaces inspiraban horror. En el ardor de la afición que se tenia por la nulidad, se buscó, como para humillar á la Francia, lo que habia en ella de mas pequeño, á fin de colocarlo á su cabeza. Se habia desterrado á Mr. Guernon de Ranville, quien, sin embargo, se halló ser el mas animoso de la banda ignorada, y el delfín suplicó á Mr. de Chantelauze que salvase la monarquía.

El decreto de disolución convocaba á los colegios de distrito para el 23 de junio de 1830, y los colegios departamentales para el 3 de junio; veinte y siete días solamente antes de que se pronunciase la sentencia de muerte de la rama primogénita.

Muy animados las partidos, lo llevaban todo al extremo: los ultra-realistas hablaban de que la corona ejerciese la dictadura; los republicanos pensaban en una república con un Directorio ó una Convención. *La Tribuna*, órgano de este partido, apareció en la escena política, y dejó atrás á *El Nacional*. La gran mayoría del país queria aun el trono legítimo, pero con concesiones, é independiente de las influencias de la corte. Todas las ambiciones se habian excitado, y cada cual esperaba llegar á ser ministro. Las tempestades hacen salir á los insectos de sus agujeros.

Los que querian obligar á Carlos X á ser monarca constitucional pensaban tener razon. Ellos creian que la legitimidad tenia profundas raices; habian olvidado la debilidad del hombre; el trono podía ser impulsado; el rey no podía serlo; el individuo, no la institucion, ha sido quien nos ha perdido.

NUEVA CÁMARA.—MI PARTIDA PARA DIEPPE.—ORDENANZAS DEL 25 DE JULIO.—MI VUELTA Á PARIS.—REFLEXIONES DURANTE EL CAMINO.—CARTA Á MAD. RECAMIER.

Los diputados de la nueva cámara habian llegado á París. De los doscientos veinte y uno que votaron el mensaje, habian sido reelegidos doscientos dos y de los ministeriales solo ciento cuarenta y cinco; la corona habia, pues, perdido la partida. El resultado natural era la retirada del ministerio; pero Carlos X se obstinó en arrostrarlo todo, y se resolvió por el golpe de Estado.

Yo partí para Dieppe el 26 de julio á las cuatro de la mañana, el mismo día en que aparecieron las ordenanzas. Yo iba bastante alegre, considerándome dichoso en volver á ver el mar, y á algunas horas de distancia era seguido por una terrible tempestad. Cené y dormí en Rouen sin saber nada, sintiendo solo no poder ir á visitar á Saint-Ouen y arrodiarme ante la bella Virgen del Museo, en memoria de Rafael y de Roma. El 27 á medio día llegué á Dieppe. Me apeé en la fonda en que Mr. el conde de Boissy, mi antiguo secretario de legacion, me habia alquilado un cuarto. Me vestí, y corrí en busca de Mad. Recamier. Esta ocupaba un aposento, cuyas ventanas daban á la playa. Pasé allí algunas horas hablando y contemplando la mar. De repente veo venir á Jacinto, el cual me traía una carta que Mr. de Boissy habia recibido, y en la que se le daba noticia de la publicación de las ordenanzas con grandes elogios. Un momento despues entra mi antiguo amigo Ballanche; acababa de apearse de la diligencia, y tenia en la

mano algunos diarios. Abro *El Monitor*, y sin creer lo que ven mis ojos, leo los documentos oficiales; ¡ otro gobierno mas que de intento se precipita desde las torres de Nuestra Señora! Apenas acabo de leer, digo á Jacinto que haga traer caballos de posta para volver á París. A eso de las siete de la tarde estuvo todo listo, y subí al carruaje, dejando á mis amigos en la mayor ansiedad. Desde un mes antes corrian rumores de un golpe de Estado; pero nadie habia hecho caso de ellos, por parecer absurdos. Carlos X habia vivido entre las ilusiones del trono: alrededor de los príncipes se forma una especie de prisma que los engaña, sacándoles los objetos de su sitio y haciéndoles ver en el cielo paisajes quiméricos.

Yo me habia llevado conmigo *El Monitor*, y el 28, en cuanto fue de día, leí, releí y comenté las ordenanzas. La exposicion al rey que le servia de prólogo



POLIGNAC.

indicado el punto de desembarco. El cardenal de Richelieu y Bonaparte, ¿ habrian puesto la Europa á los piés de la Francia si de antemano se hubiera relevado así el misterio de sus negociaciones y anunciado las etapas de sus ejércitos?

Todo esto es verdadero y odioso; pero, ¿ qué remedio se aplicaba al mal? La prensa es un elemento en otro tiempo ignorado, una fuerza antes desconocida; introducida ahora en el mundo, es la electricidad social, es la palabra en el estado de rayo. ¿ Podedis hacer que no exista? Quanto mas pretendais comprimirla, tanto mas violenta será la explosion. Preciso es, pues, que os resolvais á vivir con ella como vivís entre las máquinas de vapor. Menester es que aprendais á servir de ella, quitándole sus peligros, ya sea que se debilite poco á poco por medio de un uso comun y doméstico, ya que gradualmente asimileis vuestras costumbres y vuestras leyes á los principios que en lo sucesivo regirán la humanidad. Una prueba de la impotencia de la prensa en ciertos casos, nos la sumi-

me sorprendia por dos conceptos: las observaciones sobre los inconvenientes de la prensa eran exactas; pero al mismo tiempo el autor de estas observaciones demostraba una completa ignorancia del estado de la sociedad actual. Indudablemente desde 1814 los ministros de todas opiniones han sido hostigados por los diarios; indudablemente la prensa tiende á subyugar la soberanía, á forzar al rey y á las cámaras á obedecerla. Indudablemente, en los últimos dias de la restauracion, la prensa, no escuchando mas consejos que los de su pasion, sin respeto á los intereses y al honor de la Francia, ha atacado la expedicion de Argel, publicado las causas, los medios de llevarla á cabo, los preparativos y las probabilidades de un revés; ha divulgado los secretos del armamento, instruido al enemigo del estado de nuestras fuerzas, contado nuestras tropas y nuestros buques, y hasta

nistra la misma reconvenccion que le haceis respecto á la expedicion de Argel. Esta plaza ha sido tomada, á pesar de la libertad de la imprenta, como yo he dispuesto hacer la guerra de España en 1823, bajo el mas nutrido fuego de esta libertad.

Pero lo que no es tolerable en la exposicion de los ministros es la insolente pretension de que el REY TIENE UN PODER ANTERIOR Á LAS LEYES. ¿ Qué significan entonces las constituciones? ¿ Por qué engañan á los pueblos con simulacros de garantías, si el monarca puede cambiar á su albedrío el sistema de gobierno establecido? Y sin embargo, los firmantes de la exposicion parecen tan persuadidos de lo que dicen, que apenas citan el art. 14, en beneficio del cual yo habia anunciado mucho tiempo antes que se *confiscaria la Carta*; le recuerdan, si, pero de memoria, como una superfetacion de derecho de que no tenían necesidad.

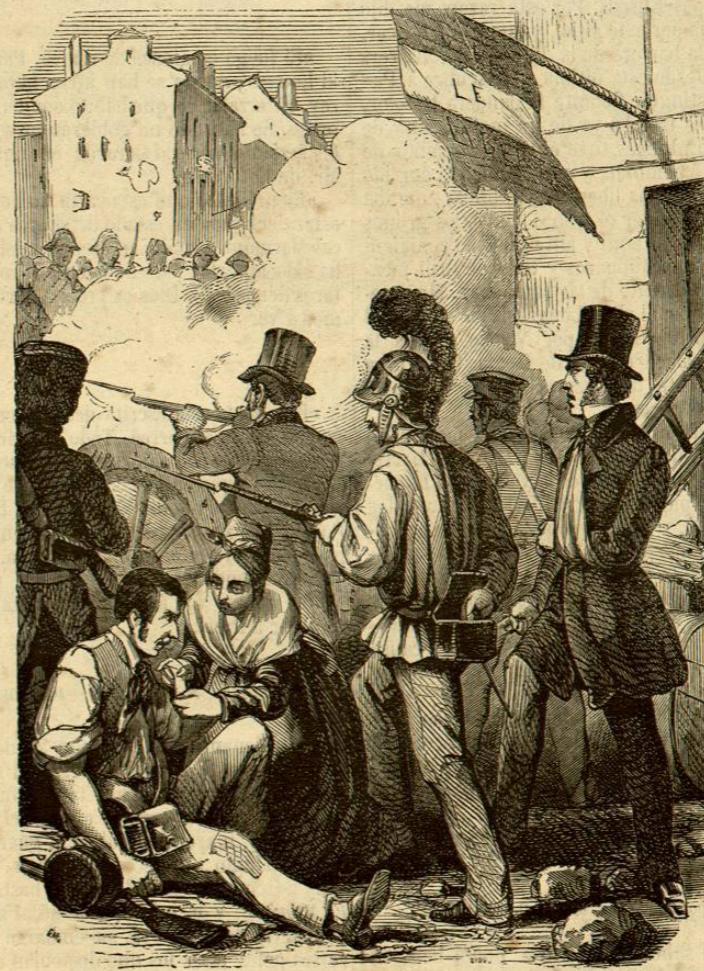
La primera ordenanza establece la supresion de la libertad de imprenta en sus diversas partes; esta

es la quinta esencia de lo que durante quince años se habia elaborado en el negro gabinete de la policia.

La segunda ordenanza reforma la ley electoral. Así se destruyan las dos primeras libertades: la libertad de imprenta y la libertad electoral, y se destruyan, no por un acto inicuo, pero legal, emanado de un poder legislativo corrompido, sino por *ordenanzas*, como en los tiempos de la arbitrariedad. Así, cinco hombres á quienes no faltaba buen sentido, se precipitaban ellos mismos con una ligereza sin ejemplo, y precipitaban consigo en un abismo á su señor, á la monarquía, á la Francia y á la Europa. Yo ignoraba lo que pasaba en París. Mi deseo era que se manifes-

tase una resistencia que, sin derribar el trono, obligase á la corona á despedir á sus ministros y á retirar las ordenanzas. En el caso de que estas hubiesen triunfado, yo estaba resuelto á no someterme á ellas, y á escribir y á hablar contra estas medidas inconstitucionales.

Si los miembros del cuerpo diplomático no influyeron directamente en la formacion y publicacion de las ordenanzas, la favorecieron al menos, porque la Europa absoluta tenia horror á la carta francesa. Cuando llegó á Berlin y á Viena la noticia de haberse publicado las ordenanzas, y durante las veinte y cuatro horas que se creyó en su buen resultado, Mr. Anci-



REVOLUCION DE JULIO DE 1830.

llon exclamó que la Europa se habia salvado, y Mr. de Metternich manifestó una alegría indecible. Poco despues, al saber este último la verdad, quedó tan consternado como alegre se habia puesto en un principio, y declarando que se habia engañado y que la opinion era decididamente liberal, se manifestó favorable á la idea de una constitucion austriaca.

Los nombramientos de consejeros de Estado, que siguen á las ordenanzas de julio, arrojan alguna luz sobre los sugetos que en las antecámaras han podido

prestarles algun apoyo con su parecer ó en su reduccion. Entre ellos se cuentan los nombres mas opuestos al sistema representativo. ¿ Ha sido en el gabinete mismo del rey, á la vista del monarca, donde se han fraguado estos documentos funestos? ¿ Ha sido en el gabinete de Mr. de Polignac, ó bien en un consejo de ministros solos ó reunidos á algunas buenas cabezas inconstitucionales? ¿ Ha sido *bajo los plomos*, en alguna sesion secreta de los diez, donde se han extendido las minutas de los decretos de julio, en

virtud de los cuales se ha condenado á la monarquía legítima á ser estrangulada sobre el *Puente de los suspiros*? ¿La idea era solamente de Mr. de Polignac? Esto es lo que quizás no nos revelará jamás la historia.

Al llegar á Sisors supe la sublevación de París, y oí conversaciones alarmantes, que demostraban hasta qué punto se quería la conservación de la Carta por los pueblos. En Pontoise se tenían noticias más recientes, pero confusas y contradictorias. En Herblay no encontré caballos de posta, y tuve que esperar cerca de una hora. Allí me aconsejaron que no pasase por Saint-Denis, porque había barricadas. En Courbevoie el postillon se había despojado ya de su vestido con botones en que había grabadas flores de lis. Aquella misma mañana habían hecho fuego á un carruaje que aquel postillon conducía á París por la avenida de los Campos-Eliseos. Por esta razón me dijo que no me llevaría por este sitio, y que iría á buscar, á la derecha de la barrera de la Estrella, la barrera del Trocadero. Desde esta última se descubre á París. Allí pude distinguir flotante la bandera tricolor, y juzgué que no se trataba ya de un motín, sino de una revolución. Entonces tuve el presentimiento de que mi papel iba á cambiar, y que, habiendo corrido á París para defender las libertades públicas, me iba á ver obligado á defender el trono. Entre los grupos de casas se levantaban aquí y allí nubes de ceniciento humo. Oí algunos cañonazos y tiros de fusil mezclados al confuso estrépito de las campanas. Me pareció que veía hundirse el viejo Louvre desde lo alto del desierto terraplen destinado por Napoleón para la construcción del palacio del rey de Roma. Una ruina trae otra ruina. El sitio de observación ofrecía uno de esos consuelos filosóficos.

Mi carruaje bajó la cuesta. Atravesé el puente de Jena, y subí la avenida paralela al Campo de Marte. Todo estaba solitario. Delante de la verja de la Escuela militar hallé un piquete de caballería; los soldados tenían el aire triste, y parecía como que estaban olvidados allí. Seguimos por el boulevard de los Inválidos y por el del Monte-Parnaso. En la travesía encontré á algunos pasajeros que miraban con sorpresa una silla de posta como en tiempos normales. El boulevard del Infierno se hallaba casi intransitable á causa de los árboles que se habían cortado y dejado en tierra.

Los vecinos de mi calle me vieron llegar con placer, pareciéndoles que podía dispensar protección al barrio. Mad. de Chateaubriand estaba á un tiempo muy contenta y muy alarmada por mi vuelta.

El jueves por la mañana, 29 de julio, escribí á Mad. Recamier, á Dieppe, la siguiente carta, prolongada por *post-scriptum*.

«Jueves por la mañana, 29 de julio de 1830.

«Os escribo sin saber si mi carta podrá llegar á vuestras manos, porque no salen ya los correos.

«He entrado en París en medio de los cañonazos, de las descargas de fusilería y del extruendo de las campanas. Estas suenan aun hoy por la mañana; pero no oigo tiros de fusil; parece que la resistencia se organiza, y que continuará hasta que se retiren las ordenanzas. Ved aquí el resultado inmediato (sin hablar del resultado definitivo) del perjurio de que los ministros han hecho culpable, aparentemente al menos, á la corona.

«La guardia nacional y la escuela politécnica se han unido á la insurrección. No he visto aun á nadie. Juzgad en qué estado habré hallado á mi esposa. Las personas que, como ella, han visto el 10 de agosto y el 2 de setiembre, quedan siempre dominadas por el terror. Un regimiento, el 5.º de línea, se ha declarado ya en favor de la Carta. Mr. de Polignac es cier-

tamente muy culpable; su incapacidad no basta á excusarle; la ambición del que no tiene talentos es un crimen. Se dice que la corte se halla en Saint-Cloud dispuesta á partir.

«No os hablo de mí; mi posición es penosa, pero clara. No haré traición al rey ni á la Carta, al poder legítimo ni á la libertad. No tengo, pues, nada que decir ni qué hacer, sino esperar y llorar la suerte de mi país. Solo Dios sabe lo que va á suceder ahora en las provincias. Háblase ya de la insurrección de Rouen. Por otra parte, la congregación armará los *chuanes* y sublevará la Vandée. ¡En cuán débiles bases estriba la suerte de los reinos! Una ordenanza y seis ministros sin genio ó sin virtud bastan para hacer del país más tranquilo y más floreciente el país más desgraciado y de más agitaciones.»

«A las doce.

«El fuego comienza de nuevo. Parece que se ataca el Louvre, donde se han atrincherado las tropas del rey. El arrabal en que habito comienza á insurreccionarse. Se habla de un gobierno provisional, cuyos gefes serían el general Gerard, el duque de Choiseul y Mr. de Lafayette.

«Es probable que esta carta no llegue á partir, por estar declarada en estado de sitio la ciudad. El mariscal Marmont manda en nombre del rey. Dicese que ha sido muerto; pero no lo creo. Procurad no inquietaros demasiado. Dios os proteja. Pronto nos volveremos á ver.»

«Viernes.

«Esta carta está escrita desde ayer; pero no la he podido enviar al correo. Todo está acabado. La victoria del pueblo es completa. El rey cede en todo; pero ahora temo que en las concesiones se vaya mucho más allá de lo conveniente. Esta mañana he escrito á S. M. Por lo demás, tengo para el porvenir un plan completo de sacrificios que me agrada. Ya hablaremos cuando llegueis.

«Yo mismo voy á llevar esta carta al correo, y á recorrer á París.»

REVOLUCION DE JULIO.—JORNADA DEL 26.

Las ordenanzas, fechadas el 25 de junio, fueron insertadas en *El Monitor* del 26. El secreto de estas medidas se había guardado tan profundamente, que no tenían conocimiento de ellas ni el mariscal duque de Ragusa, mayor general de la guardia de servicio, ni Mr. Maugin, prefecto de policía. El prefecto del Sena no conoció las ordenanzas hasta que las vió en *El Monitor*, y lo mismo sucedió al subsecretario del ministerio de la Guerra, sin embargo de que estos diversos gefes eran los que disponían de las diferentes fuerzas armadas. El príncipe de Polignac, encargado interinamente de la cartera de Mr. Bourmont, estaba tan distante de ocuparse de las ordenanzas, que pasó la mayor parte del día 26 presidiendo una subasta en el ministerio de la Guerra.

El rey salió para una partida de caza el 26, antes de que *El Monitor* hubiese llegado á Saint-Cloud, y no volvió de Rambouillet hasta después de las doce de la noche.

Al fin el duque de Ragusa recibió este billete de Mr. de Polignac:

«V. E. tiene ya conocimiento de las medidas extraordinarias que el rey, en su sabiduría y en sus sentimientos de amor á sus pueblos, ha juzgado necesario adoptar para la conservación de los derechos de su corona y del orden público. En tan importantes

circunstancias, S. M. cuenta con vuestro celo para asegurar el orden y la tranquilidad en todo el distrito de vuestro mando.»

Esta audacia de los hombres más débiles que existieron jamás contra la fuerza que iba á arrollar un imperio no se explica sino por una especie de alucinación, resultado de los consejos de una miserable camarilla que desapareció en los momentos de peligro. Los redactores de los diarios políticos, después de haber consultado á MM. Dupin, Odilon Barrot, Barthe y Merilhou, se resolvieron á publicarlos sin autorización, á fin de hacerlos recoger y denunciar, y sostener en la defensa la ilegalidad de las ordenanzas. Al efecto se reunieron en la redacción de *El Nacional*, donde Mr. Thiers redactó una protesta que fue firmada por ochenta y cuatro redactores, y que el 27 por la mañana apareció en *El Nacional* y *El Tiempo*.

Al anochecer se reunieron algunos diputados en casa de Mr. Laborde. Allí convinieron en volverse á reunir al día siguiente en casa de Mr. Casimiro Perier. En esta reunión apareció por primera vez uno de los tres que debían ocupar la escena: la monarquía estaba en la cámara de los Diputados, la usurpación en el palacio real, la república en el hotel de Ville. Por la tarde se formaron grupos en el palacio real, y se tiraron piedras al carruaje de Mr. de Polignac. El rey, á quien el duque de Ragusa vió en Saint-Cloud, después de su vuelta de Rambouillet, preguntó á este noticias de París.—«El papel ha bajado.—¿Cuánto? preguntó el Delfín.—Tres francos, respondió el mariscal.—Ya subirá, replicó el Delfín.» y cada uno se fue por su lado.

JORNADA DEL 27 DE JULIO.

La jornada de este día comienza mal. El rey confía el mando de París al duque de Ragusa. Esto es buscar apoyo en la mala suerte. A la una, el mariscal va á instalarse en el estado mayor de la guardia, plaza del Carroussel. Mr. Maugin manda que se apoderen de la imprenta de *El Nacional*, lo que resiste Mr. Carrel. MM. Mignet y Thiers, creyendo perdida la partida, desaparecieron por espacio de dos días. Mr. Thiers fue á ocultarse en el valle de Montmorenci, en casa de la Sra. Courchamp, pariente de los hermanos Becquet, uno de los cuales ha escrito en *El Nacional* y el otro en el *Diario de los Debates*.

En *El Tiempo* la cosa tomó un aspecto más serio. El verdadero héroe de los periodistas es incontestablemente Mr. Coste.

En 1823 Mr. Coste dirigía *Les tablettes historiques*: acusado por sus colaboradores de haber vendido este diario, se batió, y recibió una estocada. Mr. Coste me fue presentado en el ministerio de Negocios Extranjeros; hablando con él de la libertad de imprenta, le dije:—«Ya sabéis, señor, cuanto amo y respeto esta libertad; pero, ¿cómo queréis que la defiendan delante de Luis XVIII cuando todos los días atacáis el trono y la religión? En vuestro interés, y á fin de que yo pueda conservar toda mi fuerza de razón, os suplico que no acabeis de zapar unas murallas que, en su mayor parte, se hallan ya destruidas, y que, en verdad, un hombre de valor no debiera atacar. Hagamos un trato. No la emprendáis con algunos débiles viejos, á quienes el trono y el santuario protegen apenas; en cambio entrego mi persona á vuestra censura. Atacadme por la mañana y por la tarde; decid de mí cuanto gustéis; yo os agradeceré vuestro ataque legítimo y constitucional contra el ministro, con tal que dejéis á un lado la persona del rey.»

Desde esta entrevista Mr. Coste ha conservado hácia mí un recuerdo de estimación.

En la redacción de *El Tiempo* tuvo lugar una discusión constitucional entre Mr. Baude y un comisario de policía.

El procurador del rey de París expidió cuarenta y cuatro mandatos de citación contra los firmantes de la protesta de los periodistas.

A eso de las dos de la tarde, la fracción monárquica de la revolución se reunió en casa de Mr. Perier, conforme á lo convenido la víspera; pero no se adoptó resolución alguna definitiva. Los diputados se citaron de nuevo para el día siguiente, 28, en casa de Andrés de Puyraveau. Mr. Casimiro Perier, hombre de orden y opulento, que no quería caer entre las manos del pueblo y que no dejaba de alimentar aun las esperanzas de un arreglo con la legitimidad, dijo vivamente á Mr. de Schouen:—«Saliéndoos de la legalidad, nos perdéis, nos hacéis dejar una posición magnífica.» Este espíritu de legalidad dominaba en todas partes, y reinó en dos reuniones opuestas, en casa de Mr. Cadet Gassicourt como en casa del general Gourgaud. Mr. Perier pertenecía á esa clase ciudadana que ha llegado á ser heredera del pueblo y del soldado. Tenía valor y firmeza en las ideas; se lanzó audazmente en medio del torrente revolucionario para contenerlo; pero su salud y su fortuna le preocupaban demasiado.—«¿Qué queréis hacer de un hombre, me decía Mr. Decazes, que se está mirando siempre la lengua en un espejo?»

La muchedumbre se aumentaba y empezaba á comparecer armada, y el oficial de la gendarmería vino á advertir al mariscal de Ragusa que no tenía bastante fuerza para resistir, y que temía ser atacado; entonces el mariscal tomó sus disposiciones militares.

Hasta las cuatro y media de la tarde del 27 no se recibió en los cuarteles el orden de tomar las armas. La gendarmería de París, apoyada por algunos destacamentos de la guardia, intentó restablecer la circulación en las calles de Richelieu y San Honorato. Uno de estos destacamentos fue atacado en la calle del *Duque de Burdeos* por una nube de piedras. El gefe de este destacamento evitaba tirar, cuando un tiro salido del *Hotel real*, calle de las Pirámides, decidió la cuestión. Un tal Mr. Fox, habitante de este edificio, se había armado con una escopeta de caza y hecho fuego sobre la guardia desde su ventana. Los soldados contestaron con una descarga, y Mr. Fox y dos de sus criados cayeron muertos.

Así esos ingleses que viven seguros en su isla van á llevar las revoluciones á casa de los demás; en las cuatro partes del mundo los hallareis mezclados en querrelas ajenas; con tal de vender una pieza de indiana, nada les importa sumir á una nación en toda especie de calamidades. ¿Qué derecho tenía Mr. Fox para hacer fuego á los soldados franceses? ¿Era la constitución de la Gran Bretaña la que había infringido Carlos X? Si alguna cosa pudiera deshonrar los combates de julio, sería el haber sido empeñados por la bala de un inglés.

Estos combates, que apenas habían empezado á las cinco de la tarde del 27, cesaron con el día. Los armeros cedieron sus armas á la multitud, los reverberos fueron rotos ó quedaron sin encender, y la bandera tricolor se enarboló durante la noche en lo alto de la torre de Nuestra Señora. La invasión de los cuerpos de guardia, la toma del arsenal y de los depósitos de pólvora, el desarme de los fusileros sedentarios, todo esto se ejecutó sin oposición en la madrugada del 28, y á las ocho todo había acabado.

El partido democrático y proletario de la revolución, en blusa ó medio desnudo, se hallaba sobre las armas, y no reparaba en su miseria ni en sus harapos. El pueblo, representado por los electores que había elegido en los diversos grupos, había llegado á hacer convocar una asamblea en casa de Mr. Cadet-Gassicourt.

El partido de la usurpación no aparecía aun: su gefe, oculto fuera de París, no sabía aun si iría á Saint-Cloud ó al palacio real. El partido mesocrático ó de la monarquía, la mayoría de la cámara popular,